

# **El presto vuelo**

**Sobre la poesía juvenil de Hölderlin**

**A** FINALES DEL OTOÑO DE 1902, UN APRENDIZ de poeta llamado Franz Xaver Kappus, cadete de la misma Academia Militar de la que años antes lo había sido Rainer Maria Rilke, decide enviarle a éste sus esbozos poéticos para que le dé su opinión sobre ellos. El 17 de febrero del año siguiente, Rilke le contesta desde París en la primera de las que a partir de 1929 se conocerán como *Cartas a un joven poeta*, seguramente su obra más popular: «Sus versos carecen de personalidad propia, aunque sí contienen algunos indicios discretos y ocultos que apuntan hacia una voz más personal». Esto mismo podría haberle dicho al joven Hölderlin, de haber sido él quien le hubiese remitido los poemas reunidos en este libro. También en ellos hay algo suyo «que pugna por tomar palabra y forma», si bien todavía no son casi nada por sí mismos. No se trata aún de los versos del poeta paratáctico que un día deslumbrarán al propio Rilke, cuando los lea en vísperas de la Gran Guerra, sino de los poemas y esbozos poéticos de un muchacho en el que sin embargo se aprecia una notable capacidad de introspección, y que de haberse visto enfrentado al mandato que el de Praga dirige a Kappus y a la interrogación que lo corona podemos imaginarnos cuál hubiese sido su respuesta: «Entre en sí mismo. Investigue el motivo que le impulsa a escribir; compruebe si extiende sus raíces hasta el rincón más hondo de su corazón, y dígase sinceramente a sí mismo si moriría en caso de que le

estuviese vedado escribir. Sobre todo eso: pregúntese a la hora más serena de la noche: “¿Tengo que escribir?”. Escarbe en su interior hasta encontrar una respuesta profunda. Y si esta es afirmativa, si puede usted replicar a esa grave pregunta con un fuerte y sencillo “Sí”, no dude en plantearse su vida en razón de esa necesidad», de esa acuciante inclinación. *Dichterberuf* es el título de una oda que Hölderlin comienza en 1800 y concluye un año más tarde, en el cenit ya de su carrera. El sustantivo *Beruf*, procedente del verbo *rufen* (llamar), significa en el contexto en que el poeta lo emplea “vocación” (del latín *vocatio*, acción de llamar); en otros contextos suele traducirse por “profesión” u “oficio”. *El oficio de poeta* es el título que Cesare Pavese dio a un estudio de 1934 a propósito del poemario *Trabajar cansa*. La vocación y el oficio. Ambos sentidos del *Beruf* podrían circunscribir metafóricamente la relación de Hölderlin con la actividad poética. “Vocación”: llamada de una voz que nace de la intimidad de la conciencia y está en comunión con las fuerzas emanadas de los dioses. “Oficio”: ocupación habitual, ministerio, cargo o profesión. Desde muy pronto Hölderlin se supo llamado para la poesía; sus primeros versos los escribe en 1784, apenas cumplidos los catorce años. Desde muy pronto también quiso dedicarse profesionalmente a ella. No fue posible. De ahí arranca su tragedia. Si la respuesta a la crucial pregunta acerca de la necesidad de escribir es afirmativa, prosigue Rilke en su misiva a Kappus, «no dude en plantearse su vida en razón de esa necesidad, porque en ese caso su vida habrá de ser, hasta en su hora más indiferente y nimia, manifestación y testimonio de esa necesidad». La de Hölderlin lo será. Lo fue. Pero no adelantemos acontecimientos, no leamos estos versos con la mirada abatida del

que conoce el final. No proyectemos sobre ellos la alargada sombra del entenebrecimiento futuro. Los acaba de escribir un joven estudiante entre los catorce y los diecinueve años, que se abre al mundo y a sí mismo, con más “vocación” que “oficio”, pero en ellos ya se apuntan algunos de los temas y las formas poéticas con que resonará su personal voz dentro del que quizá sea el período más rico de la literatura germánica moderna, el que abarca desde los fundadores del clasicismo hasta la primera generación romántica.

El 20 de marzo de 1770, en Lauffen, junto al río Neckar, nace Johann Christian Friedrich Hölderlin, el mayor de los hijos de Heinrich Friedrich, el administrador de la granja del antiguo convento de Lauffen, y Johanna Christiana, la hija del párroco Heyn de Clebronn, una joven devota y algo arisca. Ambos gozaban de la alcurnia y la fortuna que otorgaba la pertenencia a la *Ehrbarkeit* (*ehren* significa “honrar”; la *Ehrbarkeit* era la clase de aquellos a quienes había que “honrar” más que al resto), un linaje de artesanos y clérigos protestantes, de gentes de leyes y funcionarios, una oligarquía burguesa cuyos miembros, muy relacionados entre sí, dejaron su impronta en la fisonomía cultural, económica y social de Wurtemberg, el pequeño estado cuyo centro era la corte de Stuttgart (recordemos que la Alemania de aquellos tiempos estaba dividida en más de trescientos estados independientes, algunos minúsculos o con difusas fronteras). Enviudada de su primer marido en 1772, Johanna Christiana, que ya tiene tres hijos, contrae matrimonio dos años después con Johann Christoph Gok, un campesino y comerciante de vinos amigo del difunto que se

lleva la familia a Nürtingen, donde es propietario de una explotación agrícola y será alcalde. Entre septiembre de 1774 y abril de 1775 Friedrich comienza la escuela latina, que frecuentará durante nueve años. Es un alumno dotado. A los seis años conoce ya algunas palabras en latín, griego y hebreo. El 13 de marzo de 1779 muere Gok a causa de una neumonía. Tenía treinta años. Esta segunda orfandad la sufre aún más que la primera. Las vivencias dolorosas de sus primeros años quedan reflejadas en *Los míos*, un himno de largo aliento compuesto a los quince:

¡Madre mía! – ¡con lágrimas de júbilo  
Te doy gracias, oh gran dador, querido padre!,  
A mí, el más dichoso entre millares de otros hijos,  
¡Ay!, la mejor madre tú me has dado.  
¡Dios!, me inclino de rodillas en un éxtasis  
Que labios humanos expresar no pueden,  
En llanto alzo del polvo mis ojos hacia ti –  
¡Acéptalo como ofrenda, más no puedo darte! –

Ay, el día que a nuestra tranquila cabaña,  
¡Aterrador!, descendió tu ángel de muerte,  
Y de entre nosotros, gemebundos, implorantes,  
¡Oh padre, eternamente amado!, te arrancó;  
Cuando junto al lóbrego y mudo lecho de muerte  
Mi madre yacía en el polvo sin sentido –  
¡Ay de mí!, todavía veo ese lugar de duelo,  
Sobre mí se cierne aquel negro día de muerte –

En 1800 comienza a tomar lecciones de clavicordio y de flauta. Excepcionalmente dotado para la música, hará de ella durante toda su vida una fuente de inspiración y de consuelo. A partir de 1802, el teólogo y diácono de filiación pietista

Nathanael Köstlin completa por las tardes su educación con clases particulares de griego, latín, dialéctica y retórica. El pequeño se prepara con vistas a los exámenes estatales que regulaban el acceso a las escuelas conventuales, la antesala de los estudios de teología. Su madre lo había decidido cuando aún estaba embarazada de él: si nacía un varón, sería párroco. El primer poema de Hölderlin que se conserva es uno de agradecimiento a sus maestros de Nürtingen, en especial al segundo pastor Köstlin, tío del futuro filósofo Schelling, escrito probablemente a finales del 84:

Nos honró el designio de vuestra sabiduría,  
De consagrarnos también al servicio de la iglesia,  
¿Quién vacilará, hermano, en saldar la deuda de gratitud  
Que con tal gracia nos complace?

En septiembre de 1784 pasa por cuarta o quinta vez el examen de estado en Stuttgart (no se sabe con seguridad; la madre habla de cuatro, pero existen cinco citas). En esa época era habitual realizar dicho examen cuantas más veces mejor, hasta que quedase libre una plaza en una de las escuelas conventuales. La familia y los profesores se sienten orgullosos de sus calificaciones. En octubre irá a Denkendorf. No está lejos, apenas a siete kilómetros de casa. Allí se instalará en el internado protestante tras haber firmado un contrato que le obliga a no aspirar a otra profesión que a la de teólogo.

En Wurtemberg el camino más expedito hacia una carrera eclesiástica pasaba, desde el siglo XVI hasta entrado el siglo XX, por las escuelas sitas en los conventos secularizados durante la Reforma. En ellas los alumnos recibían una esmerada instrucción, consistente principalmente en la enseñanza del latín, del griego y del hebreo, de la teología y de la retórica. La vida escolar en Denkendorf, donde Hölderlin ingresó en octubre de 1784, era rigurosa en extremo. La lectura de novelas estaba prohibida, sin embargo se fomentaba el estudio de la poesía latina y el ejercicio de la versificación. Una treintena de adolescentes acceden con él a la escuela que dirige el prelado Johann Jakob Erbe, a quien Rudolf Magenau, el futuro amigo del poeta, tilda de arrogante, pérfido y avaricioso. La primera carta de Hölderlin que se conserva es de noviembre de 1785, y está dirigida también a su venerado Köstlin, a quien llama «guía», «padre», «amigo». Fiel a la instrucción religiosa que ha recibido de él, Hölderlin se muestra profundamente impregnado de una espiritualidad pietista que, al predicar el respeto profundo por la relación personal del hombre con Dios, reenvía al individuo hacia sí mismo impulsándole a escrutar los sentimientos más secretos que anidan en su corazón. El aspirante a teólogo se somete a este examen de conciencia con toda la sinceridad de que es capaz y medita «sobre cómo es posible combinar la inteligencia en la conducta con la amabilidad y la religión», pues hasta ahora, explica, «si quería ser cabal» su «corazón se tornaba malévol»; «si por el contrario quería luchar contra este ser misántropo», ocurría que se «esforzaba por gustar a los hombres pero no a Dios». Así, concluye la misiva, «oscilaba siempre entre una y otra cosa, y lo que hacía rebasaba los límites

de la medida». En este lúcido ejercicio de autoanálisis, se transparentan ya los motivos mayores que dominarán para lo mejor y para lo peor su vida y su obra. Si en esta primera carta sólo habla de las tribulaciones de su alma, en la que remite a su madre poco antes de la Navidad afirma alborozado que tiene «miles de esbozos de poesías (¡incluso latinas!)» en los que espera poder trabajar durante las cuatro semanas de vacaciones que se avecinan. Las severas autoridades académicas de las escuelas conventuales no veían con malos ojos esta práctica entre sus internos, ya que los poemas edificantes eran un género ampliamente cultivado por el pietismo, un movimiento centrado en la “actitud” y el “sentimiento” religiosos, y solían ser recitados en eventos familiares y ocasiones señaladas, como aquella, a mediados de febrero de 1788, en que Hölderlin, según le cuenta a su madre, para celebrar el cumpleaños del Duque Carl Eugen en Maulbronn, ha tenido «el honor de actuar como poeta». La poesía, si la hubo, se ha perdido, pero se conserva otra del 7 de noviembre de 1786:

con la que, con ocasión de la felicísima visita  
de Su Alteza ducal  
la Señora Duquesa de Wurtemberg  
Franzisca  
al convento de Maulbronn,  
su más profunda y humilde devoción  
quiere demostrar  
y recomendarse humildemente a la gloria y al favor  
de Su Alteza Ilustrísima  
Joh. Christian Friedrich Hölderlin

El 18 de octubre de 1786 ingresa la promoción de Hölderlin en la escuela conventual superior de Maulbronn, una localidad al noroeste de Stuttgart. Aunque aquí también impera un estricto reglamento por cuyo cumplimiento vigila el Consistorio, máxima autoridad religiosa del Ducado, el ambiente resulta algo menos opresivo que en Denkendorf. La imagen de Hölderlin va adquiriendo precisión. Va madurando. Se promete con Louise Nast, la «Stella» de sus primeros poemas, que es hija del administrador del convento, y traba amistad con Christian Ludwig Bilfinger, a quien probablemente conocía desde su infancia en Nürtingen (un pariente suyo era socio de Gok en el comercio de vinos), y con Immanuel Gottlieb Nast, primo de aquélla. El amor y la amistad irrumpen en su vida con una fuerza inusitada. Valgan como ejemplo esta estrofa del poema de 1788 titulado *Fervor*:

»¡Pero Stella!, lejana está tu cabaña,  
»Ya se avecinan los pasos del matachín –  
»¡Stella!, ¡Stella mía!, ¡no llores!  
»Una vez más quisiera abrazarla sólo,  
»Y morir después en brazos de mi Stella,  
»¡Deprisa, Stella!, antes que mi vista desfallezca.

Y esta otra de *La calma* en la que se refiere a Bilfinger, también de ese año:

O cuando entre los pacíficos campos  
Mi amigo del alma me acompaña,  
E imitar al noble joven es el único  
Pensamiento que alberga mi alma –

El joven Hölderlin destaca enseguida por su plétora poética, a la que pronto se le hace tan angosta la cultura lírica pietista como estrecho el convento. Sólo la lectura de la literatura contemporánea le ayuda a trascender los muros del recinto y establecer contacto con la realidad social y política circundante. Así, el 18 de febrero de 1787, ilustra a su amigo Immanuel Nast acerca de sus preferencias en materia de literatura: «¿No se siente mejor tu corazón cuando escuchas al gran rapsoda del *Mesías*? ¿O cuando lees al rabioso Ahasveros de nuestro Schubart? ¿O al ardiente Schiller? Convéncete de ello con su “Fiesco” y “Amor y engaño”». Un mes más tarde, en carta al mismo destinatario, añade entre exclamaciones de entusiasmo un nombre a los anteriores: «¡Una novedad! ¡Una novedad hermosa, bellísima, que alegra el corazón! Tengo a Ossian, al bardo sin igual, al gran rival de Homero... ¡lo tengo verdaderamente entre mis manos! [...] Me acompañará a Nürtingen durante las vacaciones y entonces lo leeré hasta aprenderlo casi de memoria». Friedrich Gottlieb Klopstock era autor no sólo de la vasta epopeya bíblica titulada *El Mesías*, sino de las odas e himnos más profundos y renovadores de la poesía alemana de la época pregoethiana. En lo formal el poeta sajón y sus discípulos habían vuelto a hacer sonar el tono ditirámico de los versos de Píndaro y los metros clásicos procedentes de Horacio insuflado por el espíritu del siglo XVIII. De esa admiración sin cortapisas por Klopstock y Píndaro, deja Hölderlin constancia en *Mi propósito*, una oda en estrofas alcaicas, compuesta en el 87, que reviste una significación especial por tratarse del primero de sus poemas destinado a la publicación:

¿Será ardiente sed de perfección?  
¿Sorda avidez de hecatombes?  
¿Débil impulso hacia el vuelo de Píndaro?  
¿Esforzado afán por rozar la grandeza de Klopstock?

¡Amigos míos!, ¿qué apartado rincón de la tierra  
Me esconderá, para que llore por siempre en noche  
Envuelto? Pues nunca llegaré a igualar  
El presto vuelo de los grandes alrededor del mundo.

Por esas mismas fechas el poeta especula con la idea de convertirse «en ermitaño» nada más acabe «los estudios universitarios»: «y el pensamiento me gustó tanto, que creo que durante toda una hora fui de hecho un ermitaño en mi fantasía», le confiesa a Nast a finales de octubre. Una idea, la del eremitismo, de importancia decisiva en su obra futura que poetizará ya en *La sabiduría del afligido*:

¡El pálido joven, que en la sed de su corazón  
En pos de honor se encaramó sin consejo  
Por el camino rocoso, y en vano! — qué  
Tranquilo viene y va en la paz del templo.

Serenar fraternalmente la mirada ansiosa,  
Ejercer la tutela sobre el corazón del débil,  
Construir su casa, arar su campo —  
¡Será su vocación! - ¡y silenciar sus deseos!

También los motivos centrales de su poesía patriótica de este primer período afloran en 1787, en el poema hexamétrico *Escrito en un bosque*, en el que invoca una existencia sabia en plena naturaleza, según el modelo prefigurado rusionianamente de los hermanos, por oposición a la vida suntuosa de los modernos cortesanos:

¡Ojalá estuviese siempre lejos de esos muros de miseria,  
De esos muros de engaño! - Veo asomar tejados rutilantes  
De los enormes palacios, y agujas de los viejos torreones  
Desde aquí donde el haya y el roble se yerguen solitarios;  
Del valle sube el sordo estruendo de la carroza cortesana  
Y el ruido de cascos de los corceles — ¡Cortesianos! Seguid,  
Seguid en buena hora con el estruendo de vuestras carrozas,  
Inclinaos sobre los necios teatros de esos enormes palacios,  
¡Seguid en buena hora! - ¡Y vosotros, los más nobles, venid!  
Nobles ancianos y varones, y nobles muchachos, venid!  
Construyamos cabañas - De auténtico espíritu viril  
Germánico, cabañas de amistad en mi bosque solitario.

Esa crítica patriótica orientada por las fantasías heroicas del pasado suabo, cuya imaginaria potencia moral se transforma en compromiso con el presente, queda expresada sin ambages en el poema de 1788 *La Tek*:

Traed aquí al insolente que se mofa de la verdad que salva,  
¡Oh!, y cuando llegue la hora, se asombrará y dirá:  
«¡Es verdad!, un Dios, un Dios ha creado estos montes».  
Traed aquí al afectado y odioso mono extranjero,  
Traed aquí a los títeres saltarines y sin cerebro, a contemplar  
Esta colosal montaña, tan simple en su belleza, tan sublime;  
Oh, y cuando llegue, cómo se ruborizarán los muchachos  
Que tan míseramente desfiguran la más maravillosa obra de Dios. —  
Traed aquí a quienes desdeñan la probidad de los alemanes,  
Pernoctad con ellos, donde moho y abrojos las grises ruinas  
Recubren de los muros principescos, de las puertas altaneras,  
Donde el ulular de la lechuza y el gemido mortal del búho  
Salen a su encuentro desde las negras y cenagosas cavernas.  
¡Ay!, ¡ay!, susurran en la tempestad los espíritus de antaño.  
¡Extirpadas han sido de Suabia las costumbres honestas y rectas!  
¡Palabra y saludo de caballero, y leal apretón de manos! —  
¡Dejaos advertir, hijos de Suabia! ¡Las ruinas de antaño!

¡Dejaos advertir! Un tiempo estuvieron en alto las ruinas caídas,  
Pero extirpado fue el leal apretón de manos,  
Extirpada la palabra de hierro, entonces se dejaron caer,  
Caer en el polvo para compadecerse los hijos de Suabia.  
¡Dejaos advertir, hijos de Suabia! ¡Las ruinas de antaño!  
Temblarán entonces los que desdeñan la probidad,  
Y aún suspirarán más tiempo las palabras que anuncian ruina –  
¡Extirpadas han sido de Suabia las costumbres honestas y rectas!  
¡Pero no!, no ha sido extirpada la probidad  
No completamente extirpada de los pacíficos pueblos de Suabia –

Del «ardiente Schiller» leerá ese año su *Don Carlos*, cuatro mil endecasílabos animados por la encendida convicción antiinquisitorial y progresista del Marqués de Posa, que «fue la nube mágica en la que me envolvía el dios bondadoso de mi juventud para que no viera demasiado pronto lo miserable y bárbaro del mundo que me rodeaba», como le reconocerá a Schiller a mediados de septiembre de 1799, desde Bad Homburg. Para Hölderlin fueron un descubrimiento fascinante las canciones de Ossian, al que considera hiperbólicamente el «gran rival de Homero». En 1773 Herder había llamado la atención del público sobre las canciones heroicas del bardo y guerrero gaélico Ossian, cuyas hazañas se remontaban al siglo III, desatando con ello una moda en Alemania que alcanzaría también a Hölderlin:

Ahora escucho a menudo en tu cabaña  
A mi Ossian, impetuoso en la batalla;  
A menudo, en medio de nimbados serafines,  
Subo al cielo con Klopstock, el cantor de Dios.

Escribe en *La calma*. No tardaría en saberse que la poesía ossiánica era una falsificación de James Macpherson, que no

obstante insistía en presentarse únicamente como el descubridor de los poemas de Ossian. Hasta tal punto cautivó el supuesto bardo escocés a aquel joven aprendiz de poeta que abrió con unos versos suyos el llamado *Cuaderno de Marbach*, que contiene los poemas compuestos en la época de Maulbronn:

Si un débil principiante se presenta  
Y un canto inmaduro trae al pueblo,  
Modestamente, sin soberbia, trátalo bien  
¡No lo injuríes! Su propósito era bueno.  
Se ha esforzado.

De Christian Daniel Schubart, en aquel momento la figura más representativa del Iluminismo suabo, admira la valentía con que se opuso desde las páginas de la *Deutsche Chronik*, el periódico del que era editor, al despotismo del Duque Carl Eugen, lo que le valió diez años de encarcelamiento en la siniestra prisión de Hohenasperg (la Bastilla de Wurtemberg). Al «bueno de Schubart» le envía en la primavera de 1788 «un paquete» de versos. A mediados de abril de 1787 tranquiliza a su madre asegurándole que nunca volverá a querer abandonar la carrera eclesiástica. «Ahora veo» —le escribe— «que como pastor de pueblo se puede ser tan útil en el mundo y más feliz que siendo quién sabe qué». A diferencia de la situación de los pastores en los otros estados protestantes, los de Wurtemberg disfrutaban de un sueldo fijo que les permitía dedicarse exclusivamente a sus estudios y deberes eclesiásticos. En junio del 88 Hölderlin emprende su primer gran viaje, que le lleva a tierras del Palatinado. Visita Heidelberg, Schwetzingen y Mannheim, cuyo Teatro Nacional califica de

«hermoso, acabado y perfecto». En Oggersheim se instala en la misma posada en que se refugió Schiller después de huir de Stuttgart, tras haberle plantado cara al tirano. «El lugar me resultó tan sagrado» —confiesa a su madre— «que tuve que luchar con denuedo para esconder una lágrima que había asomado a mis ojos movida por mi admiración ante el gran poeta». Hölderlin tampoco olvida pasear por la ribera del Rin. Contemplando la majestuosidad del río se siente renacer. También la imagen del río como fuente de vida y cultura, tan característica de su poesía plagada de referencias fluviales, irrumpe con toda su presencia sagrada en *Los míos*, al evocarle a Carl, el hermano frente al que asume un rol paterno, los atardeceres de la infancia junto al Neckar

¡Mi buen Carl! – en aquellos hermosos días  
Nos sentábamos juntos en la ribera del Neckar.  
Alegres mirábamos batir las olas en la orilla,  
Por la arena encauzábamos pequeños riachuelos.  
Finalmente alzaba la vista. En el lubricán de la tarde  
El río se ofrecía. Una emoción sagrada  
Latía en mi corazón; y de pronto cesaban las bromas,  
Me levantaba de pronto, serio, de aquel juego infantil.

Temblando susurraba: ¡ahora recemos!  
Sobrecogidos caíamos de rodillas entre los matorrales.  
Nuestro corazón de niños transmitía inocencia, sencillez –  
¡Dios mío!, era tan bello aquel momento.

Cuando regresa al convento, todo se le queda «estrecho». El trágico conflicto con la madre acerca de su porvenir profesional, que se convertirá para él en una fuente terrible de presión psicológica, no ha hecho más que aflorar. Las calificacio-

nes finales son buenas, especialmente en poesía y griego. Espoleado por las lecturas de Klopstock, Ossian, Schubart, Thill, Wieland, Young y Schiller, Hölderlin acomete experimentos formales que van desde la estrofa rimada de cuatro y ocho versos al hexámetro, desde las odas en metros asclepiadeo o alcaico (llamados así por ser sus creadores los líricos griegos Asclepiades de Samos y Alceo) hasta los ritmos libres. A finales del período de Maulbronn asoman en las cartas de Hölderlin las primeras dudas acerca de sus aptitudes y su inclinación para el curato. De su vocación poética, por el contrario, cada día está más convencido.

**El** 21 de octubre, con una beca concedida por el Ducado en reconocimiento a sus brillantes resultados académicos, Hölderlin se inscribe en el *Stift*, la famosa fundación evangélica de Tubinga. Esta etapa universitaria, que se prolongará durante casi cinco años, traerá a su vida importantes novedades. Entonces entabla amistad con Hegel, Neuffer, Magenau y Stäudlin, y recupera la que había mantenido en la escuela latina de Nürtingen con Schelling; se entusiasma con la revolución que convulsiona la vecina Francia; lee y discute las filosofías de Kant, que ese mismo año lanzaba públicamente su llamada a la emancipación al grito de *Sapere aude!* (atrévete a pensar por ti mismo), Herder, Spinoza y Rousseau; se deja imbuir del espíritu de la Hélade y lleva a cabo una intensa actividad poética y musical. Tubinga era a finales del siglo XVIII una pequeña ciudad que no llegaba a los seis mil habitantes, de los cuales aproximadamente un diez por ciento eran estudiantes. La

suya era una universidad —el *Stift* formaba parte de ella— que tenía como principal misión la formación de personal para la carrera eclesiástica, docente y estatal. Se hallaba bajo los auspicios del Duque, circunstancia que obligaba al seminario a seguir un orden casi monacal en consonancia con el conservadurismo de Carl Eugen (1728-1793). Sus reglas incluían rezos durante las comidas, largas horas de reclusión en las celdas de estudio y asistencia estricta a los cultos. Los estudiantes solían vestir de negro. Las faltas consideradas graves estaban penadas con cárcel (aún puede visitarse el calabozo en el edificio de la vieja Universidad). Hölderlin sería castigado en una ocasión a seis horas de reclusión por quitar de un manotazo el sombrero de la cabeza a un profesor de la escuela pública femenina que, al cruzárselo por la calle, había incumplido la obligación de descubrirse ante un becario. La dirección del seminario estaba a cargo de un *Ephorus* o decano, y el control del aprendizaje era tarea de los *Repetenten* o asistentes, una especie de auxiliares reclutados entre los estudiantes de cursos superiores que destacaban por sus conocimientos y buena conducta. El nivel científico de la institución dejaba mucho que desear. El cuerpo docente, formado casi en exclusiva por teólogos de profesión, era reluctante a los nuevos impulsos intelectuales. El mismísimo Duque, a partir de 1789, estaba presente en los exámenes, recompensaba a los mejores de la *Lokation*, la lista de calificaciones, e infligía castigos brutales a los subordinados. El 25 de noviembre de ese año, apenas uno después de haber ingresado en él, Hölderlin se queja a su madre de «los malos tratos, la opresión y el desprecio» de que es objeto en el *Stift*: «¿tendré que

decir alguna vez que mis años universitarios me amargaron la vida para siempre?»), se pregunta. Le pregunta. Es justamente en esta época cuando las ideas políticas del poeta van adquiriendo contornos precisos. En el esbozo de la oda *La sabiduría del afligido*, uno de los últimos poemas de este volumen, exclama:

¡Basta, tirano!, ¡el exterminador lanza su flecha!  
¡Basta ya!, ¡se acerca el día de la venganza,  
Para que, como el rayo al arbusto ponzoñoso,  
Abata a aquel cráneo delirante!

¡El espíritu arrogante ante el trono del juez  
Se inclina entre gemidos de angustia!  
¡Fuera!, ¡con los tiranos, sin compasión,  
Venganza eterna a los que oprobian al pueblo!

No es difícil imaginar en tan infamantes circunstancias el impacto que causó entre los internos la revolución naciente al otro lado del Rin. A diferencia de las revoluciones contemporáneas, la francesa carecía de antecedentes. Las nuevas ideas llegan hasta ellos a través de los mompelgardinos, becarios procedentes de Mompelgard o Montbéliard (junto a Besançon), un feudo en territorio francés que perteneció a Wurtemberg hasta el tratado de Lunéville de 1801, así como por los contactos que mantienen con algunos jóvenes wurtembergueses que habían emigrado a Francia para participar activamente en la revolución. Insatisfechos con la enseñanza oficial, los seminaristas se vuelcan en el estudio clandestino de las novedades literarias y filosóficas. Emmanuel Kant, profesor de lógica y metafísica desde 1770 en Königsberg, repre-

senta en ese momento la culminación de la filosofía en Alemania, y el criticismo deviene en manos de los estudiantes un arma arrojadiza contra el feudalismo ducal y el tradicionalismo teológico. Rousseau es uno de los autores más leídos, y la idea de la libertad original del hombre en su estado natural concita el interés de los jóvenes seminaristas. A Jean-Jacques, a quien llama “sabio” y “magnífico”, enterrado en una solitaria tumba erigida en Isla de los Álamos de Ermmenonville, cerca de París, se refiere en este poema titulado *A la quietud*:

En aquel lugar el magnífico te construye,  
¡Quietud divina!, el ara en que te invoca.  
Allí espera, con una alegre sonrisa, como  
El sol que se despide, un sueño más largo.

Después... mira, el nieto irá a su tumba,  
Con un excelso temblor, como a la del sabio,  
A la del magnífico, que en la isla descansa  
Arrullado por el susurrar de los álamos.

Del estudio de todos estos filósofos destiló Hölderlin ideas antiortodoxas que reforzaron sus convicciones revolucionarias. El tono predominante hímnico de los poemas juveniles se transforma entre las paredes de aquel vetusto convictorio tubingüés en una poesía entusiasta, impregnada de dicción y temática schillerianas, en la que se dedica a cantar declamatoriamente a los ideales de la humanidad liberada, que él proyecta en la Revolución Francesa, y que proceden en gran parte de la tradición de la filosofía de la unificación. Son sus himnos a la armonía, a la amistad, a la libertad, al amor...

En el poema juvenil *Mi propósito*, después de expresar su ilimitada admiración por Píndaro y Klopstock, un Hölderlin tan seguro de su “vocación” poética como vacilante respecto de sus facultades y “oficio”, cara y cruz del *Dichterberuf* que ya ha elegido (o para el que ha sido elegido, con el que ha sido agraciado), se interroga y concluye:

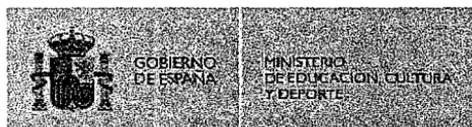
¡Amigos míos! ¿Qué apartado rincón de la tierra  
Me esconderá, para que lllore por siempre en noche  
Envuelto? Pues nunca llegaré a igualar  
El presto vuelo de los grandes alrededor del mundo.

¡Vaya si lo igualó, aquel «presto vuelo»! Y así se lo reconocería, entre otros poetas del naciente siglo XX que invocarán también el alado magisterio de este Ícaro del Espíritu (como llamó a los de su estirpe Stefan Zweig), Rainer Maria Rilke, en un poema escrito en septiembre de 1914 en el pueblo alpino de Irschenhausen, silbando ya las balas en las trincheras de Francia, después de leer el cuarto tomo de las *Obras completas* editadas por su amigo, el joven filólogo Norbert von Hellingrath —que al poco moriría en el frente de Verdún—, aquel que contiene los cánticos y los esbozos de cánticos que Hölderlin confía al papel entre 1800 y 1806:

Para ti era, oh maestro, para ti, evocador, la apremiante  
Imagen, cuando tú la expresabas era toda una vida.

Anacleto Ferrer

poesía Hiperión  
Colección dirigida por Jesús Munárriz  
Diseño gráfico: Equipo 109



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

© *Copyright* Anacleto Ferrer 2012

Derechos de edición reservados: EDICIONES HIPERIÓN, S. L.—  
Calle de Salustiano Olózaga, 14 • 28001 Madrid • Tfnos.: 91 577 60 15 / 16  
<http://www.hiperion.com> • e-mail: [info@hiperion.com](mailto:info@hiperion.com)  
ISBN: 978-84-7517-988-9 • Depósito legal: M-11610-2012  
Imprenta Fareso, S. A. • Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA • UNIÓN EUROPEA

Friedrich Hölderlin

# Poesía juvenil

1784-1789

Edición de Anacleto Ferrer

TEXTO BILINGÜE



Hiperión

